

ENTREVISTA A ELIZABETH JELIN

La memoria, una bisagra entre pasado y presente

por **Laura Mombello***

A 15 años del Programa de investigación y formación de investigadores jóvenes “Memoria Colectiva y Represión. Perspectivas comparativas sobre el proceso de democratización en el cono sur de América Latina”, organizado por el Social Science Research Council (SSRC), Elizabeth Jelin, coordinadora de esa experiencia, reflexiona sobre el camino recorrido, los avances en el campo de los estudios sobre memoria y los desafíos epistemológicos actuales.

* Laura Mombello es doctora en Ciencias Sociales, miembro del Núcleo de Estudios sobre Memoria (IDES). Participó del Programa “Memoria Colectiva y Represión. Perspectivas comparativas sobre el proceso de democratización en el cono sur de América Latina”, en 1999, en calidad de becaria.



Foto: Agustina Triquell.

Laura Mombello: ¿Cuál fue la génesis del Programa?

Elizabeth Jelin: Cuando empezamos a pensar el proyecto, en el año 1996, 1997, lo que predominaba desde hacía una década eran investigaciones preocupadas por las cuestiones institucionales de las transiciones: cómo reconstituir o construir parlamentos democráticos, cómo funcionan las legislaturas, qué sistema electoral era mejor, los partidos políticos, etcétera. También se prestaba atención a los poderes ejecutivos y las reformas del Estado, desde la administración pública hasta las políticas públicas. Al mismo tiempo, lo que había era un

“hueco social”; un hueco en el estudio de qué le pasaba a la gente, qué le pasaba a las sociedades en ese proceso de transición. Ahí empezamos primero con la idea de indagar qué es construir ciudadanía a partir de la presencia de movimientos sociales nuevos y diversos. Después, siguiendo la lógica de los movimientos sociales y prestando atención a lo que estaban reclamando, entramos a trabajar con el tema de la memoria. Como digo siempre, yo choqué con la memoria más que elegirla, porque al estudiar el movimiento de derechos humanos apareció el concepto usado por sus activistas. Ese fue el momento inicial.

Yo a veces me siento institucionalista frente a la gente que trabaja temas de cultura, y culturóloga frente a los científicos políticos de la institucionalidad. Creo que una de las carencias en este momento es la falta de integración de esas dos dimensiones.

Fue interesante porque en algunos países era más clara que en otros la preocupación por las cuestiones de la memoria. Por ejemplo, en Brasil nos costó encontrar colegas que pusieran el énfasis sobre memorias de la dictadura, porque la noción de represión era lo cotidiano en las favelas; no era una prerrogativa dictatorial, sino que represión era la vida cotidiana de la gente pobre. La vida cotidiana era una vida con represión estatal, y si eso ocurría antes o después de tal fecha, si el régimen era formalmente democrático o no, era secundario frente al hecho concreto de la violencia institucional.

Creo que en el Programa de investigación, sobre todo en sus primeros años, se trabajó bastante el lado más social y simbólico, como las conmemoraciones, los rituales, y no se trabajó tanto la dimensión institucional. Aunque promovimos temas institucionales –el sistema educativo, la formación de archivos, la iglesia o los militares–, la sensación que tengo es que la pata institucional quedó más débil. En el Programa mismo no estudiamos los juicios, no se estudiaron las reparaciones económicas, todo lo que los Estados estuvieron haciendo. En realidad, el Estado estuvo bastante ausente en el Programa. La sensación que tengo ahora, quince años después, es que hubo desarrollos que fueron para otros lados.

Durante todo este tiempo se armó un campo, casi diría un paquete, que se llama “justicia transicional”. No es una palabra y un campo que me guste, pero existe, tiene su lógica institucional internacional, tiene legitimidad científica en tanto hay revistas, congre-

sos, cursos en las universidades y un mundo institucional de asesorías dedicadas al tema, se desarrolla ahí la pata institucional que nosotros no tuvimos. Nos fuimos más para el lado de la memoria y menos para el lado de las transformaciones institucionales, o de cómo las instituciones lidiaron con el pasado. Yo a veces me siento institucionalista frente a la gente que trabaja temas de cultura, y culturóloga frente a los científicos políticos de la institucionalidad. Creo que una de las carencias en este momento es la falta de integración de esas dimensiones.

LM: ¿Cuáles serían las dimensiones sobre las que observás avances?

EJ: Hay una línea que siguió cuestiones de arte, de rituales de conmemoración, del sentido del artista que hace tal cosa, de la literatura, del sentido estético que incorporaron los memoriales. Se trata del análisis de productos culturales, desde el cine a la fotografía pasando por la literatura, el teatro y la performance, en la tradición de la crítica cultural. A menudo, en estos análisis están ausentes los contextos sociopolíticos y las luchas de los sujetos sociales.

Hay otra corriente que mira las instituciones, si tal país aplica o no reparaciones, cuántos juicios se hacen en tal o cual lugar. El trabajo tan interesante de Kathryn Sikkink va en esta dirección. Una de sus últimas publicaciones es un libro premiado que se llama “La cascada de la Justicia”. La base de datos para el análisis internacional comparativo que tiene el libro es impresionante. Allí muestra cómo hay una cascada que

empezó en Argentina con la instauración de juicios y que se fue multiplicando en el mundo. Ella propone una manera de medir cuán presentes están los juicios por violaciones a los derechos humanos en el pasado reciente en cada país y en el mundo. Y es impresionante ver cómo crece la curva. Ahí hay toda una dimensión institucional que se está trabajando con rigor y profundidad. Quiero mencionar en este punto los trabajos de Noemí Roth-Ariaza sobre juicios en diversos países. También hay libros sobre las reparaciones y sobre las comisiones de verdad de los distintos lugares.

Otra línea de trabajo está más centrada en el testimonio, en la subjetividad. Hay una proliferación de testimonios y de libros testimoniales, hay mucho interés en tomar testimonios, pero esto no se relaciona necesariamente con el tratamiento que se hizo un par de décadas atrás. En la urgencia de la transición, la gente que trabajaba temas de salud mental o de trauma abordó los testimonios desde ese enfoque. En cambio, actualmente aparecen más testimonios en primera persona: qué hice y dónde estuve. Creo que se trata de una literatura testimonial más que de investigaciones que analizan estas subjetividades a través del testimonio.

Con esto quiero señalar que el campo en este momento no es un campo, sino que parece que hay varias líneas con poco diálogo entre sí. Me parece que las mesas especializadas en temas artísticos en los encuentros y congresos hablan poco de lo institucional y se conectan poco con lo que le pasa a la gente. A mí me gusta pensar el tema desde

ELIZABETH JELIN

Doctora en Sociología, Investigadora Superior del CONICET y docente del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales UNGS-IDES, Elizabeth Jelin recibió en 2013 el Premio Houssay a la Trayectoria en investigación en Ciencias Sociales, otorgado por el gobierno argentino. Ha sido fellow del Wissenschaftskolleg zu Berlin y miembro del directorio académico de dicha institución. Sus temas de investigación son los derechos humanos, las memorias de la represión política, la ciudadanía, los movimientos sociales y la familia. Entre sus libros más recientes se cuenta una nueva edición revisada de *Los Trabajos de la Memoria*, libro inaugural de la serie “*Memorias de la represión*” publicado originariamente en 2002 y ahora reeditado en Lima (IEP, 2012). Además, es autora de *Pan y afectos. La transformación de las familias* (Fondo de Cultura Económica, 2010); *Fotografía e identidad: captura por la cámara, devolución por la memoria*, con Ludmila Da Silva Catela y Mariana Giordano (Nueva Trilce, 2010); *Por los derechos. Mujeres y hombres en la acción colectiva*, con Sergio Caggiano y Laura Mombello (Nueva Trilce, 2011); *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el mercado y el Estado*, con Valeria Esquivel y Eleonor Faur, IDES-UNFPA-UNICEF, 2012.

la pregunta sobre qué le pasa a la gente, y “gente” puede hacer referencia a distintos grupos, pero en principio ese es el punto de partida. Y me pregunto si esto no está un poquito relegado. Están faltando buenos estudios sobre qué del pasado interviene en nuestra vida cotidiana hoy, estudios más etnográficos y sociológicos.

EL PROGRAMA DEL SSRC

El Programa “Memoria Colectiva y Represión: perspectivas comparativas sobre el proceso de democratización en el cono sur de América Latina” del Social Science Research Council (SSRC) se inició en 1998 y finalizó en 2002. Tuvo por objetivo avanzar en el conocimiento y el debate analítico sobre las relaciones entre las transformaciones sociopolíticas y los sentidos de la memoria histórica en la sociedad. Propuso un proyecto de trabajo interdisciplinario y multinacional, con la intención de estimular el fortalecimiento de una nueva generación de investigadores en la región que dominaran las técnicas más avanzadas para llevar a cabo investigaciones comparadas sobre este tema, considerado de la mayor importancia para la construcción de sociedades más democráticas y equitativas.

De la experiencia participaron tres cohortes de jóvenes investigadores de Uruguay, Paraguay, Brasil, Chile, Argentina y Perú. Una parte significativa de las producciones generadas en el marco del Programa se publicaron en la colección “Memorias de la Represión”, dirigida por Elizabeth Jelin y editada por Siglo XXI entre 2002 y 2006.

LM: La literatura testimonial a la que hiciste referencia, ¿cómo se relaciona con la noción de víctima?

EJ: El movimiento de derechos humanos ponía el centro en la víctima, pero una, como investigadora, no necesariamente lo hace así, porque es posible hacer la distinción entre víctima y testigo. Esta distinción ya la hizo Primo Levi, y creo que es importante. Para el movimiento de derechos humanos, víctima y testigo se juntaron. Por ejemplo, yo soy testigo de la dictadura, la viví, es parte de mi experiencia, pero en la definición de las violaciones a los derechos humanos, yo no soy víctima. Para la definición de víctima, en el paradigma de los derechos humanos y en la manera de

interpretarlo por parte del movimiento, cuenta fundamentalmente la vejación corporal. Quienes no podían estar en la universidad o en un sindicato, quienes pasaron noches sin dormir y con miedo, o quienes perdieron el empleo o tuvieron que aceptar condiciones laborales y salarios miserables, pueden contarlo, pero –con buenos motivos– su experiencia no se incluye al hacer la cuenta de las víctimas directas. Para la noción de “afectados/as”, además, la definición pasa por el lazo sanguíneo, por la noción tradicional de familia. En términos sociales y en términos de investigación, me parece que en lo testimonial hay una deuda de recuperación de la idea de testigo, que es más amplia que la de víctima.

Si uno acepta el paradigma de los derechos humanos, la centralidad es la víctima, no el testigo. Y hay que volver a Primo Levi para pensar que el testigo directo no está más y uno es un testigo secundario. Esa es una parte del problema que hay que empezar a pensar con respecto a las memorias.

LM: Los estudios de historia reciente, ¿que aportan en este sentido?

EJ: Las personas identificadas con el estudio de la historia reciente se superponen en buena medida con aquellas abocadas a los estudios sobre memoria, en el sentido de que la memoria es parte de la historia reciente. Se está estudiando qué pasó en distintos momentos, tanto en las prácticas como en las ideas y las subjetividades. Está claro que la historia reciente incluye el estudio de las memorias.

En la disciplina de la historia llevó mucho tiempo aceptar como legítimo el estudio del período contemporáneo. Para los sectores más tradicionales de la historia, quienes hacen historia reciente se mueven en un campo que no se distingue de lo que hace un antropólogo o lo que hace un sociólogo

o lo que hace un científico político. Recordemos cuán difícil fue la aceptación de la historia oral y el uso de testimonios como fuentes para la investigación histórica del pasado reciente.

Lo que pasa, además, es que en un primer momento la definición del período “reciente” tuvo que ver con el momento más álgido de las violaciones, el período dictatorial. En cuanto se quiere entender un poco más y hacer una interpretación o darle sentido a los procesos estudiados, se vuelve necesario incorporar el período previo. En Argentina no se puede obviar el tema de la militancia y la conflictividad política anterior. En el caso chileno hay que hablar de qué significaba la vía pacífica al socialismo y de cómo se insertaba esto en el marco de la guerra fría. El período de la guerra fría se está trabajando mucho ahora, importa mucho el contexto internacional.

En España está apareciendo una cantidad enorme de estudios sobre distintos aspectos del franquismo. Era un período de varias décadas que no se estudiaba y ahora sí. Cuando se analiza el franquismo, los sesenta en la Argentina o la guerra fría en los sesenta, ahí necesariamente se trabaja con memorias, pero con la memoria como fuente, con el objetivo de reconstruir aquello utilizando fuentes orales de la gente que vivió esas experiencias. Estudiar con una perspectiva de memoria significa ver cómo ese pasado está en nuestra vida después de haberlo vivido, incluso hasta hoy.

Entonces hay distintas líneas: una se orienta a historizar el pasado a través de una sociología histórica o de una etnohistoria, que no solo la hacen los historiadores. Otra es seguir con el análisis de los trabajos de memoria. Me parece que las cuestiones de memoria quedaron tan pegoteadas con las víctimas de la dictadura que es más difícil mirar cuestiones de memoria en una cla-



Foto: Agustina Triquell.

ve de más largo plazo, como lo que hace la gente que ha hecho etnografía. Ludmila Da Silva Catela habla de memorias cortas y memorias largas: hay memorias de larga duración transmitidas que se convierten casi en dimensiones estructurantes. Esto puede observarse en lo local, como lo hicieron la misma Ludmila, Kimberly Theidon o Ponciano del Pino. Estos investigadores realizaron estudios que historizan las memorias, mostrando cómo aquellos hechos impactan en las actuales cotidianidades. Son trabajos en el plano de lo local, y yo me pregunto si se están haciendo en este momento.

En el plano personal, últimamente digo que “estoy aburrída de la memoria”, o que “me quiero ir de la memoria”, porque no me gusta lo que se está haciendo. Las cuestiones de memoria han invadido el espacio público y el campo de las ciencias sociales y las humanidades, pero de maneras que no me satisfacen; hay una banalización del tema. Cualquier cosa puede llamarse memoria, aplicando una noción de sentido común más que analítica. Esto lo vi en muchas mesas en el último congreso de *Latin American Studies Association* (LASA) (Chicago, mayo

de 2014), donde todo se llamaba memoria y todos/as sentían que podían presentar trabajos con la palabra en el título.

Por otro lado, entre quienes investigan, en muchos casos hay una manera fácil y poco interesante, a mi juicio, de trabajar con la memoria. Se toma un evento y se trata de ver qué es lo que se recuerda de ese evento, como pasó, o qué no pasó. Se estudia un acontecimiento, una masacre, o se multiplican los estudios sobre sitios de represión: se da cuenta de cómo se recuperó el sitio 1, el 2, el 3, y quiénes fueron los sobrevivientes, cómo se juntaron con los vecinos y demás, pero son cosas muy cerradas en sí mismas. La intención parece ser la de reconstruir y ayudar a que “no se olvide”, sin ir más allá de los actores directamente involucrados, sin una pregunta analítica que lleve el acontecimiento o el objeto a otro plano que resulte significativo en términos más amplios.

LM: ¿Qué tipo de análisis habilitaría hoy la recuperación de los estudios sobre memoria para comprender qué dimensiones y qué memorias se actualizan en el presente?

EJ: Cuando se reaviva cierta idea o práctica, sea una escena de linchamiento como las ocurridas en Argentina durante el mes de abril de este año, la propuesta de restablecer el servicio militar para gente pobre o las muertes por enfermedad de chicos o chicas wichí en un momento en que no deberían ocurrir¹ –y todo esto es también parte de la noción de derechos humanos– surge la pregunta de cómo las memorias del pasado ayudan a interpretar lo que pasa hoy. En-

tonces la pregunta sería qué se está actualizando hoy de las memorias del pasado.

Con la propuesta del servicio militar, enseguida sale quien dice “recuerden a Carrasco” y quien dice “con los militares estábamos mejor”, aparecen las dos ideas, porque están en la trama social. Son memorias que están, y se trata de entender qué lectura de los acontecimientos del pasado traemos hoy aquí. Se actualizan luchas sociales que en un momento anterior se reactualizaron de otra manera.

Uno de los movimientos en contra del servicio militar obligatorio surgió durante la guerra de Malvinas. Era un movimiento de madres de hijos varones que queríamos la abolición del servicio militar obligatorio, porque no queríamos que nuestros hijos y los de otras tuvieran que participar en guerras, en ninguna guerra. Esa lucha fue luego apropiada por alguna gente desde el movimiento humanista cristiano, retomando el “no matarás” como principio propio del pacifismo cristiano. El servicio militar obligatorio siguió implantado en la Argentina hasta el “caso Carrasco”, aunque había corrientes sociales contrarias. En las discusiones actuales se retoma aquella vieja historia argentina de que el servicio militar obligatorio fue para crear la nación, para uniformar, para dar a los hijos de los inmigrantes un sentido de nación, cuando en este momento lo que se está proponiendo es una cárcel. Frente a eso otro amenazador, tal como se identifica a los jóvenes de sectores marginales, se propone utilizar el servicio militar para encerrarlo y que no

¹ En los últimos meses, algunos dirigentes políticos argentinos propusieron restablecer el servicio militar de manera obligatoria solo para los ciudadanos jóvenes que no tienen una ocupación declarada (en Argentina se identifica a este segmento poblacional como los jóvenes que no estudian ni trabajan). El servicio militar obligatorio fue derogado en el año 1995, luego del asesinato del soldado Omar Carrasco ocurrido en la dependencia donde prestaba servicio. La observación sobre los niños y niñas wichí se refiere a la situación de alta vulnerabilidad en la que se encuentran los pueblos originarios, especialmente aquellos que residen en la zona más pobre del norte de Argentina, como los wichí, entre otros.

moleste, como parte de un proceso de disciplinamiento.

Claramente el tema no es de dónde sacan las Fuerzas Armadas los soldados que necesitan, porque eso ya no existe más como criterio para justificar el servicio militar obligatorio. En el siglo XIX había que reclutar gente, se hacían levas en los pueblos para las milicias. Después se implementó el servicio militar, porque parecía que era la manera óptima de cubrir las necesidades de defensa de la nación. Hoy no se escucha ese argumento. Tampoco se escucha un criterio socializador, porque no se está queriendo incorporar al diferente sino aislarlo, controlarlo y sacarlo de circulación. Entonces, ahí se ve cómo ciertos sectores retoman algunas cuestiones históricas, cierta tradición del servicio militar obligatorio en la Argentina, y se lamentan de que se haya perdido. Pero en realidad el sentido es otro hoy, más ligado al disciplinamiento de la sociedad civil.

LM: Teniendo en cuenta todas las actualizaciones y los usos de la memoria de los que hablás, parece que no estaríamos tan habilitados para descartarla de inmediato como campo de estudio.

EJ: No, no, no... el campo está, lo que pasa es que hay otra manera de entrar al campo.

LM: Entonces, ¿cuáles serían las preguntas que podríamos formular hoy sobre temas vinculados a la memoria?

EJ: El campo de los estudios de memoria se empezó a armar hace unos treinta años.

Hablo en relación con el mundo occidental, no solamente de América Latina. Llevó muchos años después de la Shoah que apreciaran los temas de memoria. Primero estuvieron ligados a la cuestión del trauma y del testimonio, lo central era la capacidad de narrar, había un énfasis enorme en lo narrativo. La interpretación del pasado y el sentido del pasado era siempre narrado, y la interpretación del trauma tenía que ver con la incapacidad semiótica de hablar, o con silencios o con huecos narrativos. La expresión artística se incorporó a estas investigaciones en una clave performativa. En esta clave no se trata de recordar, sino de actuar, y el pasado está incorporado en la actuación presente. Esa distinción la hace Van Alphen y me parece que es válida y es interesante. Después viene todo el tema de los rituales y las conmemoraciones, los monumentos y los memoriales. Ahí entran las cuestiones de las memorias públicas y las políticas de memoria.

Una corriente más novedosa, que está surgiendo, está anclada en la incorporación de la materialidad. No proponen partir de la narrativa –aunque siempre todo terminará en palabras–, sino trabajar con la incorporación de los objetos y de las ruinas, lo que queda de ese pasado; miran esos restos en función de su sentido presente. Al respecto, hay varios estudios interesantes en la revista *Memory Studies*, que no hacen referencia a memorias de pasados represivos o traumáticos relacionados con procesos de violencia política. Por ejemplo, hay un artículo muy bueno sobre cómo distintas

Una corriente más novedosa, que está surgiendo, está anclada en la incorporación de la materialidad. No propone partir de la narrativa - aunque siempre todo terminará en palabras-, sino trabajar con la incorporación de los objetos y de las ruinas, lo que queda de ese pasado, mirando esos restos en función de su sentido presente.



Foto: Agustina Triquell.

cohortes, distintas generaciones, recuerdan la misma escuela en un pueblo. Muestra cómo las memorias están ancladas en objetos y materialidades. Los/as que habían estudiado en los años cincuenta tenían sus anclajes en ciertos espacios de la escuela; quienes vinieron después, en otros. Estos anclajes tenían que ver con la oferta pedagógica del momento: para los/as más viejos/as, la marca era el lugar del castigo, el rincón; los/as posteriores se acordaban de la huerta y los animales, y los/as más jóvenes recordaban las performances musicales y los murales en las paredes. Pasando por un mismo edificio construyeron anclajes de memoria diferenciados, y podés reconstruir una historia de la escuela a través de estas materialidades. Este tipo de estudios es el que se está proponiendo en este momento en el campo de la memoria.

Hay investigadores/as que están trabajando con pueblos desplazados de su lugar de origen a los que después de muchos años los/as propios/as desplazados/as o sus descendientes pueden volver. Por ejemplo, en Turquía, en relación con el genocidio armenio, ¿qué le pasa a la gente que vuelve a los lugares de los cuales quizás sus abuelos/as fueron víctimas? ¿Qué objetos son los que mantienen, los que se llevan a la diáspora, los que vuelven? Lo que se constata es que para distintas generaciones y distintos gru-

pos se tornan significativos diferentes objetos, o los mismos pero con los significados cambiados. La misma pequeña ruina tiene un sentido para el vecino que vive al lado distinto que para el que vuelve con la foto que sacó el abuelo y le contó sobre ese lugar. Y por ahí en esta combinación de materialidades y narrativas hay una posibilidad de salida de esta especie de impasse en el estudio de las memorias. Esta perspectiva enriquecería muchísimo, por ejemplo, el estudio de los sitios, porque si no se vuelve muy lineal, se queda en el “aquí pasó esto” y hay una incorporación del “deber de memoria” que es más testimonial que analítico, lo que resulta peligroso.

LM: ¿Por qué? ¿En qué consiste el peligro?

EJ: Porque ahí recuperás la singularidad de la memoria, y pareciera que cuanto más singularidad tenés, mejor. Y no solo no podés generalizar ni salir del caso, sino que además nunca terminás, porque siempre podés agregar más y más detalles, y llegamos a Funes el Memorioso, el personaje de Borges que recordaba hasta los mínimos detalles pero no podía pensar.

Este es el peligro que veo en la política de sitios. El Estado Nacional pone un monumento con las palabras “memoria, verdad, justicia” y el nombre más grande o más chiquito según cuánto espacio hay. Eso es

lo universal, una marca. Para el que pasa por ese lugar es eso, una señal, algo que dice “aquí pasó algo” y listo, sigue su camino. Pero a quien tiene una relación especial con el sitio eso no le sirve, y busca lo específico, lo singular. El sitio tiene que estar marcado, pero además marcado con su marca, no con la marca del ministerio. Ahora, ¿cuántas marcas y cuánta proliferación de marcas podés tener? Vas a tener una colección de singularidades, ¿y quién hace la labor de síntesis o configuración de algo con un sentido más amplio? A mí el tema de los sitios es algo que me preocupa y que no sé cómo abordarlo, porque lo hecho hasta ahora en investigación está más anclado en la singularidad y la especificidad, con poca atención al sentido de esas marcas para la ciudadanía, para diversos grupos de la sociedad.

LM: Hay dos cuestiones problemáticas en lo que planteás: por un lado qué hacer con las marcas en sí, y por otro cómo abordar los estudios de esas marcas.

EJ: En primer lugar, no sé si es necesario que las marcas estén en los lugares donde ocurrieron los hechos para que resulten significativas. Uno de los memoriales más significativos para mí es el memorial en honor a las víctimas homosexuales del nazismo en Berlín. Está en un parque, no

es muy grande, no es monumental, pero tiene un mensaje ejemplar importante que vincula el pasado con el presente. Toma la discriminación y la violación de los derechos de las personas homosexuales durante el nazismo como detonante de un llamado a la responsabilidad de Alemania hacia el mundo contemporáneo en términos de las violaciones de los derechos de identidad de género hoy. Ahí se vincula el pasado con el presente, con todos los conflictos y controversias sobre si sólo los gays son conmemorados o si también entran las lesbianas. Como en todos los casos que conozco, el conflicto entre memorias, entre sentidos del pasado y su actualización o cristalización en el presente, no demoró en aparecer. La cuestión, a mi modo de ver, es que el memorial reconoce y celebra la diversidad de opciones, señalando su oposición a las políticas sexuales nefastas del nazismo. En verdad, lo que se muestra tiene mucho más que ver con el presente que con el nazismo, y la ligazón entre ambos es lo que lo hace significativo. Que la incorporación del pasado para el presente se haga en el lugar donde ocurrieron los hechos o no, inclusive que sea real o virtual, no parece ser lo más importante. Incorporar materialidades que remiten al pasado para pensar el hoy debe ser un camino a explorar.

LM: ¿Cuál fue el deber de memoria ayer y cuál es hoy? Si en algún momento fue el nunca más, que esto no se repita, ¿cuál sería hoy?

EJ: Creo que no hay un libreto único. Pienso en el programa “Jóvenes y Memoria” de la Comisión Provincial por la Memoria que dirige Sandra Raggio, que se propone ofrecer herramientas para la reflexión, dejando abierta la posibilidad de que los/as jóvenes hagan su propio camino. El objetivo pedagógico de construir ciudadanías democráticas está. Ese es un campo que yo respeto. Ahí hay una línea.

La otra línea es cómo volver a las memorias singulares significativas a nivel social.

LM: ¿El trabajo que estás haciendo con las cartas de tus familiares es una exploración en ese sentido?

EJ: Cuando el año pasado viajé a Eldorado, en la provincia de Misiones, lugar en el que transcurrió mi infancia, buscaba olores, colores, texturas. En términos personales, te aferrás a esas materialidades. Creo que, en parte, toda investigación hecha con pasión es autobiográfica, toca alguna sensibilidad personal. Lo mío tiene también un sentido político: descentrar el centro, mostrar que la historia con mayúscula no se hace sólo en los grandes campos de batalla y en los grandes centros mundiales. Es importante saber que en un pueblito perdido del interior de Misiones se vivió la segunda guerra mundial y que también es parte de esa historia, como lo es Berlín.

Esto me permite intervenir en los debates y cuestionar las relaciones entre centros y periferias en el flujo de conocimientos. Es claramente una intervención en el campo de la política académica e implica una construcción de conocimiento que también es para la Argentina. Es mostrar que la historia no se hace solamente en Buenos Aires sino también en Eldorado, en Tumbaya, en el norte de Santa Fe con La Forestal. Eso también es historia, eso también es Argentina y eso también es contemporaneidad.

LM: ¿Y esas no serían de alguna manera historias singulares?

EJ: Son historias singulares, pero lo que vamos a buscar en este nuevo proyecto sobre contextos locales, periféricos, tiene que ver con la conformación de una trama social en lo micro, en cada lugar, pero también una trama social más macro, de una historia del país, del mundo; una historia del siglo XX.

Se lo puede tomar también en clave de las transformaciones de la familia y ahí entran, a su vez, temas de memorias. Lo que quizás me preocupa es cómo hacer para mostrar que este tipo de trabajo también es sobre “memoria”. Quizás cuando yo digo que me quiero ir de la memoria, lo que quiero decir es salir del tema dominante de memorias centradas en la dictadura, ir a otros temas donde la memoria se convierte en una manera de acercarse a un problema y no una cosa reificada.

Algo parecido me pasó con los estudios de género. Yo no creo que “género” sea un campo en sí. Lo fue en un momento, o sea, hubo que hacer una intervención política para poner la perspectiva de género en escena. Ahora, en este momento, una trabaja con perspectiva de género, es una herramienta, como creo que también lo es la memoria. Estoy poniendo a ambos como herramientas de trabajo y no como una disciplina o un campo de estudio. Se trata de un enfoque metodológico, un enfoque heurístico, y también hay teorizaciones alrededor de esos enfoques.

Cuando tengo que responder sobre qué trabajo, yo puedo decir “ciudadanía”, “derechos humanos”, “movimientos sociales”, “familia”. Me siento más cómoda poniendo eso que poniendo “memoria” o “género”.

LM: Si tuvieras que formular el Programa “Memorias de la represión” hoy, ¿cómo lo harías?

EJ: Si tuviera que hacer el programa hoy, dejaría toda la parte de productos culturales para la gente que analiza productos culturales. Esa gente tiene su campo y lo tienen desarrollado de manera autónoma. Yo pondría mucho énfasis en lo que hoy le pasa a la gente con las presencias del pasado, y en cómo la gente utiliza a las instituciones, cómo trabaja esto con la vida cotidiana. Dónde entra la memoria y dónde no es una pregunta que queda abierta.

Hoy las inquietudes no se plantearían tanto en términos de países, sino a partir de temas.

Entonces imagino que entrarían asuntos como el vínculo con el aparato judicial en función de asuntos colectivos. Si vas a mirar cuestiones de juventud, abordás las problemáticas de los jóvenes, y no me parece tan relevante en este momento el lugar o el país donde estén. Creo que se podría hacer un lindo programa, pero diferente. En su momento el Cono Sur dio un encuadre que tuvo sentido porque la región atravesaba el período de la transición, pero hoy la realidad de la región es otra.

Entonces hoy podría ser claramente mucho más interesante armar un programa de investigación colectiva en función de campos problemáticos que por países. Estoy pensando, cuando digo “la gente”, en actores específicos, como los jóvenes o los pueblos originarios, por ejemplo; en su vinculación con las instituciones, las memorias, las maneras de articular conflictos y demás, ahí tenés un campo.

LM: Si tuvieras que hacer una evaluación del Programa “Memorias de la represión”, ¿cuáles serían sus resultados más significativos? ¿Qué considerarás que aportó?

EJ: Un objetivo del Programa fue conformar una masa crítica de jóvenes, y eso resultó muy bien. Los que siguen activos siguen en contacto entre ellos, produciendo trabajos, interviniendo incluso en lugares de gestión relacionados con cuestiones de la memoria en los distintos países, generando intercambios. X